



Las agujas del reloj no se detienen y el tiempo sigue su curso. Inexorable, inalterable, sin posibilidad alguna de retorno a los instantes ya transcurridos. La sociedad vasca hace tiempo que marcó un destino en su brújula: La solución y la paz. Un destino al que le está costando llegar tras largos años de duro conflicto y enfrentamiento. Con todos los mapas y pergaminos en la mano y la ilusión por bandera, no son pocos los obstáculos que se está encontrando por el camino. Y es que tiempo sigue su curso, sin descanso, mientras el sufrimiento y las vulneraciones de derechos aún están lejos de decir adiós.

Un contraste de sensaciones y emociones que golpea al corazón de miles de ciudadanos y ciudadanas vascas. La política penitenciaria, que comenzó en los tiempos de los relojes de arena, se mantiene en la era digital, lejos de los deseos mayoritarios. El tiempo pasa, los minutos, las horas, los días, las semanas, los años. Sin posibilidad alguna de retorno al pasado, ansiando un futuro mejor. Pero el reloj del presente marca la necesidad de superar unas medidas de excepción que vulneran de manera flagrante los derechos humanos.

No se puede detener el tiempo, pero sí que se puede evitar que la vida de cientos personas, encarceladas o ciudadanos de a pie que presuntamente tienen sus derechos civiles y políticos intactos, se expongan al capricho de un reloj de arena. Nadie puede devolver a las y los presos que han cumplido ya su condena o han sufrido la aplicación de la doctrina 197/2006 los días de más en prisión, ni tampoco se pueden borrar los viajes kilométricos o la situación de las y los presos gravemente enfermos. Pero sí que se puede cambiar la situación. Que el tiempo avance en positivo. Sumando voluntades, creando mayorías, generando corrientes de opinión favorables, convenciendo con la palabra y la iniciativa.

La política penitenciaria vigente juega con demasiada frecuencia con la fatalidad. Y es que se trata de una cuestión de probabilidad con macabras consecuencias. Cada fin de semana, más de 600 familias recorren una media de 1400 kilómetros. Cada curva es un peligro, la nieve un aliado del riesgo y la ansiedad un compañero de viaje muy frecuente. Las y los presos gravemente enfermos deben de ser puestos en libertad. Diagnósticos que incluyen cáncer, enfermedades psicológicas gravísimas o esclerosis múltiples no hacen más que deteriorarse en prisión. Antes de que sea demasiado tarde, esquivando la irreversibilidad. Para que el caso de Ángel Figueroa o de los otros 22 presos políticos vascos fallecidos a consecuencia de la política penitenciaria no se vuelva a repetir jamás.

Acabamos de dejar atrás el invierno, llega la primavera en el calendario. La inmensa mayoría de la sociedad vasca ansía dejar atrás la oscuridad, superar las vulneraciones de derechos, terminar con el sufrimiento y construir la solución. Por ello, consideramos imprescindible la articulación de un trabajo conjunto y solvente para dar una oportunidad a la paz en Euskal Herria. Encarando y solucionando las consecuencias del conflicto, finalizando con las medidas de excepción que se aplican a las y los presos políticos vascos, ofreciendo soluciones novedosas e imaginativas, activando grandes consensos.

Es tiempo de soluciones, es tiempo de volver a casa, es tiempo de construir la paz. Y en ese camino, además de la implicación y empuje internacional, la llave fundamentalmente está en nuestras manos. Y seguro, que lo vamos a conseguir.

Lortuko dugu

Herrira